

ya desmembración estuvo á punto de causar, ganó en fuerza nacional, Carlos Quinto había obtenido la gloria de tener á su enemigo prisionero y suplicante; pero sin haber podido siquiera arrancar un pedazo de su reino, cuya oposición trastornó sus vastos proyectos. Cuando poco después murió Francisco I, el emperador estaba seriamente ocupado en Alemania: sin embargo, los odios nacionales fermentaban, y no tardaron en estallar.

Languidecía la Italia debilitada por cuatro guerras. La primera, producida por Carlos VIII, no hizo más que redoblar las intrigas y revelar la fuerza de unión, al mismo tiempo que la imposibilidad de sostenerla. La segunda, entre Fernando el Católico y Luis XII, destruyó el equilibrio y el juego artificial de la máquina política, entregando las más bellas provincias á los extranjeros. La guerra entre Francisco I y Carlos Quinto estendió por toda la península la influencia española, y no hicieron los vencedores más que destrozarse entre sí para disputarse los restos. Sólo en la última fué recorrido el Piamonte por los imperiales y los franceses, pero no sin sufrir también cruelmente con la ambición de aquellos extranjeros, que se arrebataban alternativamente ciudades y provincias, rivalizando en valor y ferocidad.

Alejandro de Médicis.—En Florencia, Alejandro de Médicis es amado al principio, porque salvó al país de la temida servidumbre extranjera, se mostró tan perverso como lo había hecho prever su desordenada juventud. Ascendido al trono por las armas extranjeras, considerando á sus súbditos como enemigos, despreciando á los cobardes que habían derribado en provecho suyo las barreras constitucionales, rodeado de satélites, dió rienda suelta á todo el ardor de sus veinte y dos años. Después de haber construido una fortaleza, y prohibido bajo pena de muerte á los ciudadanos el conservar las armas, se esforzó con el espionaje, las denuncias secretas, y haciendo dar muerte tan pronto á uno como á otro, en amortiguar aquel carácter festivo que era peculiar del país (22). Despreciaba las bellas artes y las le-

(22) «Hecho el duque Alejandro señor absoluto de Florencia, reinaba en todas partes una tristeza silenciosa y el más profundo descontento. La plebe y la mayor parte del pueblo menudo y de los artesanos, que viven del trabajo de sus brazos, como no tenían en qué ocuparse y los viveres se habían encarecido mucho, estaban sumamente tristes y abrumados de dolor. Los ciudadanos populares viéndose abatidos, teniendo, quién á su padre, quién á su hijo, quién á su hermano confinados ó desterrados, y esperando á cada instante nuevos empréstitos y contribuciones, no se atrevían á presentarse en público, y lejos de despachar negocios y emprender algún nuevo tráfico, cerraban sus establecimientos y se retiraban á las quintas ó á las iglesias, unos verdaderamente pobres, y otros fingiendo ser, además de pobres, mezquinos. Los *Palleschi* conociendo, aunque tarde, como sucede las más de las veces, su engaño, se miraban sin decir palabra; pues se habían persuadido de que debían ser más bien compañeros que siervos,

tras, que es la segunda vida de Florencia; ni el respeto á las familias, ni la santidad del lecho nupcial ó del claustro, detenían á aquel tirano brutal, que sin distinción de sexo, se entregaba á las orgías más desenfrenadas, complaciéndose en humillar sobre todo á los que se habían mostrado más amigos de la libertad, y que el pueblo respetaba más. Sus ministros y soldados rivalizaban en deseos de imitarle, y los mismos florentinos parecían olvidar su glorioso pasado en medio de francachelas (23).

El cardenal Hipólito de Médicis, su primo, envidiaba honores que creía se le debían, pero Alejandro no tardó en libertarse de él con ayuda del veneno, diciendo: *Sabemos como desembarazarnos de las moscas que nos incomodan.* Felipe Strozzi, de una familia provincial, sobrino de Lorenzo el Magnífico, hombre valiente en la guerra y político hábil, y que no sólo era el particular más rico de Europa, sino un modelo de saber y cortesania, había aceptado los intereses de Alejandro, y para hacerse recibir bien de este príncipe, le había dado malos consejos; pero el duque le veía con desconfianza, y hasta trató de deshonrarle en la persona de Luisa su hija, á la cual envenenó, en castigo de su resistencia. Felipe con el resto de su familia huyó á Roma y desde allí á Francia. Cuando murió Clemente VII, Strozzi y los demás desterrados en gran número dirigieron sus quejas y las de su patria á Paulo III, adversario de sus enemigos (1535). Enviaron también á esponer á Carlos Quinto sus miserias y las infamias del duque, sembrando el oro para hacer que los cortesanos les fuesen favorables. Carlos escuchó sus agravios, y reconoció la justicia; pero temiendo sobre todo el restablecimiento de una república güelfa, aceptó las excusas del tirano, que

y de que, bastándole á Alejandro el título de duque, los dejaría, reconociendo que les era deudor de tal superioridad, manejarse á su manera, sin buscar, como dice el refrán, tres piés al gato. Pero él aunque no pasaba de veinte y dos años, siendo naturalmente despierto y perspicaz, instruido por el papa Clemente y aconsejado por el arzobispo de Capua, persona sagaz en extremo, fijaba la vista y el entendimiento en todo, y quería que todo se refiriese á él. Desagradaba también generalmente ver que ya no se frecuentaba el palacio público de los señores, sino solo la casa de los Médicis, que estaban sin cesar llena de ciudadanos: inspiraba terror al pueblo la guardia (cosa inusitada en Florencia) que el duque llevaba siempre consigo, armada de una manera nueva con lanzas, cuyas puntas de afiladísimo hierro, tenían tres codos de largas... VARCHI.

(23) «Fué célebre aquel invierno por las suntuosísimas cenas que dieron los amigos de los Médicis en las casas particulares, y á las cuales convidaban á las más hermosas y á los más nobles jóvenes de aquella ciudad; empleando toda la noche en fiesta, de que participaba el duque yendo á ellas con máscara, si bien de manera que todos le conocían... Aquellos banquetes costaron tanto, que jamás se habían visto iguales en nuestra ciudad; pues ninguno bajó de la suma de 400 á 600 escudos;... y tres llegaron á 1,000.» SEGNI, lib. VI.

encontró una ayuda en la infame elocuencia de Guicciardini, en un regalo de 400,000 florines, y en el matrimonio que verificó con la hija natural del emperador. Cuando Carlos Quinto propuso á los desterrados algunas indemnizaciones de poca importancia, y sin ninguna seguridad, le contestaron: «No hemos venido á preguntar á V. M. bajo qué condiciones debemos servir, ni á pedir perdón de lo que hemos hecho en defensa de la libertad de nuestra patria, sino para rogarle nos restituya la entera libertad que se nos prometió en 1530.»

No quedaba ninguna esperanza, cuando la venganza llegó de donde menos se esperaba. Existían dos ramas de los Médicis plebeyos: la una pertenecía á Cosme, la otra á Lorencino, jóven instruido, pero disoluto, acostumbrado á cumplir todos sus caprichos, espía del duque, compañero, ministro é instrumento de sus desórdenes. Fuese rivalidad de amor, sentimiento de venganza ó deseos de renombre, pensó en recobrar la estimación de los suyos, por una acción que juzgaba por las ideas clásicas, objetos de sus estudios favoritos. Había ya derribado en Roma las estatuas de los antiguos tiranos, lo que le espuso á ser enviado á la horca por Clemente VII, que tenía hácia él un amor culpable. Formó después el proyecto de dar muerte al pontífice sin ponerlo en ejecución. Una vez se le ofreció la ocasión de precipitar al duque desde lo alto de la muralla que escalaban juntos, pero se abstuvo de ello, por temor de que creyesen que era una casualidad y no el resultado de una acción reflexionada. Habiendo, pues, atraído á aquel á su cuarto con el pretexto de proporcionarle una mujer que deseaba hacia mucho tiempo, le hizo degollar por un tal Miguel Tavolaccino, (6 de enero de 1537), á quien había salvado de la cuerda, y que se había ofrecido á servirle en cualquiera ocasión.

Lorencino no había confiado su proyecto á nadie, no se había concertado con los desterrados, y no trató de sublevar al pueblo. Verificado el hecho, huyó á Venecia, desde donde envió una hermosa arenga para hacer resaltar su heroísmo. Pero si algunos literatos aplaudieron al nuevo Harmodio, si los desterrados «le ensalzaron hasta las nubes con escesivas alabanzas, no sólo comparándole á Bruto, sino haciéndole superior» (VARCHI), el mundo no le tuvo en cuenta un acto verificado por «un inmenso deseo de adquirir alabanzas.» y anduvo errante hasta que algunos sicarios ganaron en Venecia el premio que se había ofrecido por su cabeza (24).

(24) Segni, que trata bien á Cosme, dice (lib. XII) haber conocido perfectamente á Beba de Volterra, uno de los asesinos, «el cual, jactándose del hecho, lo refería cual si fuese una hazaña... No habiendo querido los asesinos admitir el dinero del duque Cosme, se le señaló á cada uno la pensión de 300 escudos anuales, con título de capitán; así pudieron luego vivir alegremente en Volterra, á costa de la sangre vertida.»

Cosme I.—Florencia se conmovió de aquel asesinato como de un accidente imprevisto. Aunque los piagnoni levantasen la cabeza, mostrando allí el dedo de Dios; aunque los artesanos exclamasen, cuando veían pasar á aquellos nobles, que se apresuraban á apoderarse del gobierno: *Si no sabéis ó no podéis hacerlo vosotros mismos, llamadnos y nosotros lo haremos;* ningún jefe se levantó para aprovecharse de un momento que aseguraba la victoria al más activo. Los desterrados no estaban en disposición de obrar, y el cardenal Cibo, principal ministro del duque, tomó sus precauciones para impedir un cambio. Determinada la asamblea por un discurso de Guicciardini y por las armas de Vittelli, general de la guardia, resolvió dar un sucesor á Alejandro. En su consecuencia, Cosme de Médicis, hijo de Juan de las Bandas negras, de edad de diez y siete años, y de excelente carácter, fué proclamado jefe de la república florentina. Guicciardini, al mismo tiempo que favorecía á Cosme, el cual tenía contraídos esponsales con una hija suya, quería mostrarse interesado por la masa de los ciudadanos, proponiendo que al nuevo señor se le impusiesen estrechas condiciones, como á un dux de Venecia; pero Vettori, á fuer de soldado y burlándose de tales restricciones, decía: «Si le dais guardia, armas y la ciudadela, ¿con qué objeto disponer luego que no pueda traspasar un límite determinado?» En efecto, apenas había pasado un mes, y ya Cosme tenía olvidados los convenios y los amigos (25). Guicciardini, viendo burladas sus esperanzas de que se realizase el parentesco estipulado, exclamaba: «Matad, pues, príncipes, que pronto surgirán otros en su lugar,» y Vettori contestaba á los que le dirigían cargos: «Si, justo es dar cima á la obra perversa de constituir un tirano, pues que en la época actual es lo menos malo que pueda hacerse.»

Sin embargo, habiéndose reunido los desterrados, marcharon contra su patria para intentar una revolución. Felipe Strozzi, que so color de libertad aspiraba á apoderarse del mando (26), se puso á la cabeza de un destacamento de tropas asalariadas

(25) «Al día siguiente, Betini fué á mi taller, y me dijo que Cosme de Médicis había sido hecho duque bajo ciertas condiciones destinadas á contenerle, con el objeto de que no pudiera emanciparse á su antojo. Comencé á burlarme de ellos diciéndoles: Estas gentes de Florencia han montado á un jóven sobre un magnífico caballo, le han calzado las espuelas y le han entregado la brida con toda libertad; después le han puesto en un hermoso campo donde hay flores, frutos é infinitas delicias, y le han dicho que no pase ciertos límites marcados. Ahora bien, ¿indicadme vosotros quién es el que podrá detenerle cuando quiera traspasarlos? No se pueden dar leyes al que es dueño de ellas.» CELLINI, *Vita*.—La historia de Varchi concluye aquí.

(26) Demuestran esto de un modo evidente los documentos añadidos por Nicolini al *Felipe Strozzi*, y en especial la carta de Fr. Vettori del 15 de enero de 1537.

por él y confiando en el apoyo de los franceses (27) y en las inteligencias que había conservado en el interior, puso sitio a Pistoia, dividida aun entre los Cancellieri güelfos, y los Pancietichi gibelinos. Pero Vitelli, que para mantener á Cosme á devoción del Imperio, había ocupado la ciudadela de Florencia y robado grandes caudales, le sorprendió en Montemurlo, hizo á los jefes prisioneros y dispersó á los demás. Baccio Valori, causa de la ruina de su patria, su hijo Antonio, Francisco Albizzi y otros republicanos fueron puestos en el tormento é inmolados; y el verdugo continuó cortando la cabeza á cuatro por día, hasta que el pueblo no pudo ya resistir el espectáculo de tantos suplicios: lo cual hizo que se encerrase á los demás en fortalezas. El infame Vitelli recibió del emperador un feudo en recompensa de sus servicios. Felipe Strozzi, á quien tenía en un castillo para sacarle dinero usando con él de cierta política, fué puesto en el tormento á pesar de las recomendaciones de la Francia y del papa, para que confesase su complicidad con Lorenzino; y él temiendo el ceder á las angustias del cruel acto, se cortó el cuello, y escribió estas palabras con su sangre: *Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor* (28). Su hijo Pedro Strozzi huyó á Francia con gran número de valientes italianos, donde alcanzó gran fama, como mariscal (29).

(27) El rey Francisco en 6 de julio de 1536, escribió una carta á Felipe Strozzi, la cual llevó un expreso, ofreciendo favorecerle, como también á sus amigos, y cooperar á la libertad de Florencia. «Podeis estar seguro de que, previo aviso de vuestra parte, obraré de modo que conozcáis cuánto deseo hacer por vos, por vuestros amigos, y de consiguiente por la libertad de Florencia.» (Véanse los documentos citados, que siguen al *Felipe Strozzi*.)

(28) En la riqueza no tuvo comparación con ningún hombre de Italia; pues á su muerte se vió que reunía 300.000 escudos en dinero y 200.000 en bienes, joyas y rentas de oficios. Aparecía, pues, muy afortunado; contando además una prole de hijos é hijas, incomparables por su hermosura, la destreza de su ingenio y lo prudente de su juicio». SEGNI, lib. IX.

(29) El señor Strozzi abandonó la Italia, y fué á encontrar al rey al campo de Marola, con la más hermosa compañía que nunca se había visto, de doscientos arcabuceros á caballo, perfectamente equipados, montados y armados; porque no había ninguno que no tuviese dos hermosos caballos, que se llamaban jacas, porque son de corta talla, el casco dorado, las mangas de malla, que se usaban entonces; la mayor parte doradas, ó al menos hasta la mitad, los arcabuces y fornituras lo mismo: iban comunmente con los caballos ligeros y corredores, de manera que causaba espanto el verlos; algunas veces se servían de la pica, de la *borgoñota* y del corcelete dorado cuando había necesidad; y lo que es aun más, eran antiguos capitanes y soldados bien aguerridos bajo las banderas del gran jefe, Juan de Médicis, que casi todos habían estado con él; de tal manera, que, cuando era preciso echar pié á tierra, no había necesidad de gran trabajo para ordenarlos en batalla, porque ellos mismos se colocaban tan bien que no había nada que decir, etc. BRANTOME, *Vida de Pedro Strozzi*.

A despecho Carlos Quinto de las instituciones y condiciones que él mismo había hecho, declaró á Cosme heredero legítimo del principado, del que excluyó para siempre á la familia del *traidor*. Libertado Cosme de sus enemigos supo también desembarazarse de sus amigos. Guicciardini, Acciajuoli y otros intrigantes que esperaban dirigir á su antojo al joven sin experiencia que había ascendido al trono en sus brazos, fueron víctimas de su ingratitud y de la execración popular. De esta manera es como Florencia se encontraba oprimida por los Médicis, que hacia cien años se habían dedicado á corromperla; y como las formas democráticas, que hasta entonces habían sido su vida, eran incompatibles con un principado, su avasallamiento no tuvo límites. Cosme atrajo á sí toda la autoridad, dirigiendo arbitrariamente las deliberaciones, los juicios y las rentas. Obtuvo de Carlos Quinto que retirase de los fuertes las guarniciones españolas, y armó tropas, lo cual le permitió defender las costas de la Toscana, cuando los turcos fueron, por complacer á la Francia y por odio al emperador, á asolar el litoral italiano.

Luca.—No sobrevivía ya, pues, la libertad en Toscana más que en las dos ciudades de Luca y Siena, y Cosme no podía sufrirlo sino contra su gusto. Luca se libertó primero de sus proyectos, soportando con paciencia sus provocaciones, y conservando el favor del emperador. Pero Francisco Burlamachi, que era entonces gonfalonero, concibió el atrevido proyecto de hacer resucitar la libertad italiana. Se proponía hacer de algunas tropas que podía reunir por razón de su empleo, el núcleo en derredor del cual se agruparían Pisa, Pescia, Pistoia, Siena, Perusa y Bolonia, comenzando por deshacerse de los extranjeros y con la intención de arrebatarse al papa sus dominios temporales, conforme á las doctrinas luteranas, esparramadas entonces por Luca. Todo estaba convenido. Los Strozzi, dispuestos siempre á contribuir á las sublevaciones de la Toscana, le proporcionaban dinero, y no se aguardaba más que el momento, cuando un traidor vendió el secreto á Cosme. Carlos Quinto, á quien se apresuró á dar parte, forzó la república á que le entregara á Burlamachi; le hizo poner en el tormento en Milan y después dar muerte como traidor.

Ley martiniana.—Entonces Martin Bernardini hace aceptar á los de Luca una disposición, que ordenó que «sólo serían admitidas á los empleos del gobierno las familias que gozaban actualmente de aquel honor (1556), con el derecho de transmitirlo á su descendencia, con esclusión de todo el que hubiera nacido en Luca de padre extranjero, ó de una persona del territorio exterior.» La república se convirtió también de esta manera en aristocrática.

Siena.—En Siena la dominación había pasado de Petrucci á manos de Alfonso Piccolomini; pero Carlos Quinto, que tenía aquella ciudad bajo su protección, tomando por pretexto sus actos de ti-

rania, envió allí al ministro Granvela para reformar el Estado (1541); lo que hizo éste constituyendo una oligarquía bajo la dependencia de su amo, poniendo guarnición y desarmando á los ciudadanos. De esta manera es como el emperador trataba á la ciudad más gibelina de Italia; habiendo hecho después entrar en ella tropas á las órdenes de Diego Hurtado de Mendoza, el más ilustre historiador de España, construyó allí una fortaleza y dejó á sus saqueadoras y hambrientas bandas cometer sus acostumbrados escesos.

Pero Cosme quería tener á Siena para sí, y el papa la deseaba para su sobrino. Después de haber intentado vanamente los sieneses restablecer la democracia, destrozados siempre por las facciones de los vecinos y del Monte de los Nueve, no vieron otro recurso que recurrir á la Francia. Esta potencia, que estaba de nuevo en guerra con los austriacos, envió á solicitud del mariscal Strozzi, barcos que reunidos á las galeras turcas, asolaron aquellas costas y las islas vecinas, peor remedio que el mal; ayudados después por la sublevación de la ciudad, los franceses penetraron en ella prometiendo como de costumbre la libertad (1552). Empeñóse, pues, la guerra entre los franceses, los alemanes, los españoles, los pontificios y los turcos, no menos funestos unos que otros. Cosme, que odiando á los franceses temía á los españoles, esperaba el momento favorable para aprovecharse de él. Habiendo adormecido á los franceses y sieneses con ayuda de un tratado, levantó tropas, cuyo mando confió á aquel Juan Jacobo de Médicis, que había causado tanto mal cuando las guerras de Lombardia, y que hecho marqués de Marignan por Carlos Quinto, había poderosamente ayudado á los imperiales en la última guerra. Reforzado por los alemanes y los españoles de Carlos Quinto, sitió, con el pretexto de rechazar á los franceses, á Siena desguarnecida de tropas, pero bien provista de valor (1553). Como había declarado que haría ahorcar á cualquiera que aguardara en un fuerte el primer cañonazo, sostuvo su palabra; pero hizo que de esta manera se exaltase el patriotismo hasta la desesperación. Cada pueblo le costó sangre, y también cada uno pagó su valor con la suya. Se estiman en cincuenta mil hombres los que perecieron entonces por el hierro, el hambre y el suplicio. El viajero que atraviesa suspirando aquella asolada marisma, cubierta en otro tiempo de habitaciones y floreciente cultura, aun maldice las desnaturalizadas guerras de aquella época, á aquel feroz Marignan, y la memoria de aquellos cuyas voluntades ponía por obra.

Pedro Strozzi, que con el título de lugarteniente de Francia había acudido en unión de otras personas de su familia, á pelear con los últimos hombres libres de la Italia, se atrevió á sitiar á Florencia, luchando en crueldades con el enemigo; pero poco secundado por la Francia, que había enviado sin embargo á Italia una bandera verde, donde se leía el verso del Dante: *Libertad voy buscando que*

es tan cara, falto de víveres, en un país asolado (1555), batido después en Lucignano (30), se vió obligado á renunciar á sostener la campaña. De vuelta á Francia, volvió á tomar Calais á los ingleses, y fué muerto de un tiro de cañón bajo las murallas Thionville.

Cosme y el marqués de Marignan proseguían el curso de sus barbaries, rechazando las bocas inútiles que se habían hecho salir de la ciudad, y haciendo ahorcar á todo el que trataba de introducir allí víveres. Montluc defendía á Siena con los franceses, que bloqueada estrechamente, vió al número de sus ciudadanos reducido de treinta mil á diez mil; continuaba sin embargo sosteniéndose, y las mismas mujeres se empleaban en penosos trabajos por amor á la libertad (31). En fin, des-

(30) El 2 de agosto, día de San Estéban. Por esta razón es por lo que Cosme instituyó la orden de este nombre.

«Después de pasada la revista, se vió que faltaban al campamento francés, entre muertos, prisioneros y enviados á Florencia, cerca de doce mil hombres. El que hubiese visto volver á Siena por la tarde tantos soldados de diversas naciones, desbalijados, heridos y en un estado tan fatal, que se arrojaban llorando en las calles, sin más lecho que los bancos y pretilles (pues cuando estuvo lleno el hospital, donde tocaron á cuatro por cama, y además los bancos, las mesas y la iglesia, tenían que quedarse y yacer en las calles) no hubiera podido reprimir las lágrimas, aunque su corazón fuese de durísima piedra; tal y tan grande era aquel estrago. Excitaba lástima el horrible espectáculo que ofrecían las calles llenas de heridos, y el oír los quejidos de tanto desgraciado, en especial de los alemanes y franceses, que pedían de beber y un poco de sal, pan y vino. Se les ayudó lo mejor que se pudo; y por mis ojos vi á mas de cien personas apoyarse en la pared y llorar, enternecidos al ver á los pobres soldados en situación tan deplorable.» SOZZINI, *Revoluzioni di Siena*, pág. 272.

(31) Les hace justicia Montluc, en sus Memorias: *Il ne sera jamais, dames siennoises, que je n'immortalise votre nom, tant que le livre de Montluc vivra: car à la vérité vous estes dignes d'immortelle louange, si jamais femmes le furent. Au commencement de la belle resolution, que ce peuple fit de despendre sa liberté, toutes les dames de la ville de Siene se despartirent en trois bandres: la premiere estoit conduite par la signora Fortiguerra, qui estoit vestuë de violet et toutes celles qui la sui voient aussi, ayant son accoustement en la façon d'une nymphe, court et monstrant le brodequin: la seconde estoit la signora Piccolhuomini vestuë de satin incarnadin, et sa troupe de même libree: le troisieme estoit la signora Livia Fausta vestuë toute de blanc, comme aussi estoit la suille avec son enseigne blanche. Dans leurs enseignes elles avoient de belles devises: je voudrois avoir donné beaucoup et m'en resouvenir. Ces trois escadrons estoient composez de trois mil dames, gentils-femmes ou bourgeoises. Leurs armes estoient des pies, des pelles, des hottes et des faïnes. Et en cest equipage firent leur monstre, et allerent commencer es fortifications. Monsieur de Termès, qui m'en a souvent fait le compte (car je n'y estois encor arrivé), m'a assuré n'avoir jamais vu de sa vie chose si belle que celle-là. Je vis leurs enseignes depuis. Elles avoient fait un chant à l'honneur de la France, lors qu'elles alloient à leur fortification. Je voudrois*

pués de haber consumido todos los víveres que le quedaban sin que se debilitase su constancia, los sitiados se vieron precisados á rendirse bajo buenas condiciones. Estas fueron las mismas que Florencia había obtenido veinte y cinco años antes, é igualmente violadas.

La guarnición francesa cedió el puesto á las tropas españolas; muchos sieneses se refugiaron en Francia con Montluc; otros jefes sostuvieron en Montalcino la causa de la independencia; en fin, la paz de Chateau-Cambresis sujetó Siena á Florencia. Cosme había adquirido aquella ciudad con su dinero, sus fuerzas y al precio de su propia infamia; Felipe II la ocupó no obstante, y no la cedió sino cuando tuvo necesidad de él. Las condiciones que le impuso, colocaron también á la Toscana bajo una especie de dependencia de la España, que se reservó los puertos de Orbitello, Talamone, Portercote, Monteargentaro y San Esteban, á los que se les llamó *presidios*, cerrando de esta manera el mar á Siena, y privándola de su comercio.

En suma, la muerte de la república estaba decretada por el tiempo, ó más bien por los príncipes. Venecia pudo á pesar suyo permanecer aun en pie para proteger á la cristiandad contra los turcos. Génova había recibido de Andrés Doria una nueva constitución.

Génova.—Además de los dos partidos güelfo y gibelino, entre los cuales estaba dividida Génova, «como generalmente todas las ciudades de la Italia» (VARCHI), lo estaba también en nobles y clase media; estos últimos lo eran en ciudadanos y plebeyos, y á su vez los ciudadanos, en mercaderes y artesanos. Todas las familias nobles ó no que habían obtenido importancia en los negocios de la ciudad, se habían asociado, no por efecto de los vínculos de la sangre, sino por la comunidad de intereses, en *alojamientos* (*alberghi*), bajo el nombre de una de ellas. Una porción de la plebe favorecía á los Adornos, otra á los Fregosos gibelinos, y ningún noble, ningún miembro de la facción güelfa podía ser nombrado para los empleos públicos; pero la

avoir donné le meilleur cheval que j'aye, et l'avoir pour le mettre icy.

Et puisque je suis sur l'honneur de ces femmes, je veux, que ceux qui viendront après nous, admirent et le courage et la vertu d'une jeune Sienoise, la quelle encore qu'elle soit fille de pauvre lieu merite toutesfois estre mise au rang plus honorable. J'avois fait une ordenance au temps que je fus créé dictateur, que nul, à peine d'estre bien puny, ne faillit d'aller à la garde à son tour. Ceste jeune fille voyant un sien frere, à qui il touchoit de faire la garde, ne pouvoit y aller, prend son morion, qu'elle met en teste, ses chausses, et un colet de buffie: et avec son hallebarde sur le col, s'en va au corps de garde en cest equipage, passant lors qu'on leut le roolle sous le nom de son frere: filla sentinelle à son tour, sans estre congneue jusques au matin, que le jour eul point. Elle fut ramenée à sa maison avec honneur. L'après dinée le signor Cornello me la monstra.

servidumbre comun había alimentado en los oprimidos el sentimiento de fraternidad, y debilitado las rivalidades entre las fatigadas acciones. Habiéndose, pues, encargado á doce reformadores dar al país el gobierno que les pareciese mejor, se estableció que todas las antiguas familias propietarias gozarian de derechos iguales á los de los gibelinos y ciudadanos de la clase media, que anteriormente se habían abrogado los empleos, y que constituirían la nobleza, cuyos miembros tendrian el título de caballeros, título que la vanidad española hacia pareciese más hermoso que el de ciudadano. Además, cada familia que tuviese seis casas abiertas en Génova debía formar un *alojamiento*, para ser como un núcleo, en cuyo derredor se agrupasen las familias menos acomodadas, mientras que las grandes asociaciones de los Adornos y Fregosos que perpetuaban el recuerdo de los odios intestinos se disolvían. Se tuvo cuidado por otra parte de mezclar en los alojamientos á los nobles con la clase media, á los güelfos con los gibelinos, con el objeto de que las razas dejasen en adelante de representar á los partidos.

De esta manera se formaron veinte y ocho alojamientos (32), de los cuales se eligieron cuatrocientos senadores anuales, encargados del nombramiento de los demás empleos. El gobierno se compuso en su consecuencia del dux, elegido por dos años; de la señoría de los ocho; de ocho procuradores del concejo, para la administración interior; de los síndicos, en número de cinco, para vigilar los negocios del Estado; de un consejo de ciento, cuyo número ascendió después al doble, renovado todos los años. A la negativa de Andrés Doria, Huberto Lazaro Cattaneo fué elegido dux. Habiéndose reanimado las enemistades entre la antigua nobleza y la nueva, así como entre estas dos clases y el pueblo, excluido de los empleos públicos, los nombres de los alojamientos se abolieron y cada familia volvió á tomar el que tenia antiguamente.

No estaba asignada ninguna parte en aquella constitución, ni al pueblo bajo de la ciudad ni á los campos, á menos que algunos no consiguiesen por servicios prestados ó por sus riquezas, entrar en los alojamientos. Pero, aunque la aristocracia se consolidó de esta manera en Génova, el pueblo no quedó nunca enteramente borrado como en Venecia. Por esto es por lo que aquella república envejeció ménos, y pudo, doscientos años después, manifestar su horror á la servidumbre á que estaba acostumbrada la Italia.

Los odios entre los nobles y la clase media no se extinguieron á pesar de aquella mudanza (33).

(32) A saber: Auria (Doria), Calvi, Cattani, Centurione, Cibo, Cicala, Fieschi, Franchi, Fornari, Gentili, Grimaldi, Grillo, Giustiniani, Imperiali, Interiano, Lercaro, Lomellino, Marini, Negro, Negrone, Pallavicino, Pinelli, Promontorio, Spinola, Salvaghi, Sauli, Vivaldi, Usodimare.

(33) Huberto Fiolietta revela, en un discurso redactado

Aunque Andrés Doria no admitió el principado, conservaba en su patria aquella supremacía que le daban sus beneficios y grandes cualidades. Tenia en el puerto barcos y soldados, tanto á bordo como para la guardia de su palacio. No abusó de estas prerrogativas; pero se temía que quisiese transmitir la autoridad de que gozaba á su sobrino Giannettino, valiente marino, pero altanero, disoluto, y que abusaba ya del poder de su tío para satisfacer sus pasiones. Estaba disgustado principalmente Juan Luis Fiesco, conde de Lavagna, hombre de excesiva ambición, que se entendió con la Francia y el duque de Parma para destruir lo que el emperador había edificado, y arruinar en Italia el poder imperial que amenazaba á todo. Estalló la conjuración: Giannettino fué muerto, el grito de libertad resonó en Génova; pero en medio del tumulto, Juan Luis Fiesco se ahogó por casualidad, sus gentes se dispersaron, y Andrés Doria consiguió, no sin efusión de sangre, que su patria se enfrenase; continuó protegiéndola, mientras que la Providencia le preservaba de los puñales que las cortes y los ciudadanos de aquel deplorable siglo de oro no cesaban de dirigir contra él.

Aun tenemos que contar más sangrientas revoluciones, antes de dejar á la Italia sucumbir al le-

do para su defensa, las discordias intestinas y la arrogancia de los aristócratas (*anécdota Uberti Fiolietta*, Génova 1838). *Sed quid ego, ut sanguinem misceant, loquor, cum nobiles ab ipsa popularium consuetudine abhorreant, se sequi ab eorum aditu, congressu, sermone se jungant, illosque devitent, perinde quasi illorum contactu se polluerent ac contagione contaminare formident? Quare, separata loca et compta habent, in qua utriusque corporis juvenitus conveniat, cum alteri alterius corporis homines excludant. Quin etiam, cum forum unum esse, in quod omnes cives conveniant, necesse sit, ratione quadam assequuti sunt, ut forum ipsum dividant, ac duo fora prope faciant: due enim sunt porticus, in quas alteri ab alterius corporis hominibus separati conveniunt. Eadem quoque distinctio in juvenutis sodalitatibus servatur, quarum multas nobiles instituerunt; in quas neminem unquam ex popularibus acceperunt, cum nonnulli, privatis necessitudinibus illis conjuncti, se admitti postulassent, sed ad repulsa injuriam, verborum quoque contumelias addiderunt, cum se degenerum sodalitate commaculatos negarent. Jam vero, cum ad animos hominum accedendos major sit contemptus, quam injuriarum irritatio, dii immortales! quam despecti ab istis nostris nobilibus sumus, quam illi a nobis abhorrent, quam nos aurius et animis respuunt, quam contemptum de nobis locuuntur, in quanta convicia, lingue intemperantia, proceduntur, cum nos degeneres et rusticanos, non modo Genua, sed in aliis civitatibus appellant, perinde quasi deorum genus, atque e celo delapsi ipsi sint; exterisque, simulatque de aliquo ex nobis incidit sermo, etiamsi alia res longe agatur, sedulo admoneant, hominem illum degenerem et ex infima plebe esse, nobilitateque sibi haudquaquam comparandum: neque sentiunt, se risui plerumque exteris esse, quos non pudeat fenus ac sordidiores quastus exercentes, nobilitatis nomine, quam comprimere deberent, se commendare, haud ullam animam nobilitatis mentionem facere.*

targo á que estaba reservada. No descuidó el papa Paulo III, de la familia de Farnesio, ningún medio de dañar á Cosme, con la esperanza de dar toda, ó al menos parte de la Toscana, á su hijo Pedro Luis ó á su nieto Octavio. Casó á este último con Margarita, hija natural de Carlos Quinto, viuda de Alejandro de Médicis, duque de Ferrara, que robó todas las joyas y dinero de su marido, y le confirió el ducado de Castro y Nepi, después el de Camerino, arrebatado á los duques de Urbino, que lo habían heredado por la línea materna; pero este feudo estaba bien distante de satisfacer las pretensiones de la esposa descendiente de sangre imperial. Obtuvo de los venecianos el título de caballero para el impúdico Pedro Luis, y del emperador la nobleza, con el marquesado de Novara y una gran pensión; después le hizo gonfalonero y capitán general de la santa Iglesia. Pero era menos hábil en la guerra que en el libertinaje, cuya licenciosa obscenidad es superior á toda creencia: Pablo III le disimulaba aquellas *ligerezas de la juventud*, que hacían temblar al mundo; y agotaba el tesoro del Estado para sostener su lujo al nivel de su ambición. Habiéndose rebelado abiertamente los habitantes de Perusa (1540), fueron reprimidos con las armas y los suplicios, y los Colonna despojados de sus dominios.

Procuró Paulo III, adulando á aquellos que decidían despóticamente de los destinos de Italia, obtener para los suyos tan pronto Siena como Milan. No habiendo podido conseguirlo, decia con frecuencia: «He visto tanto por la historia, como por mi propia experiencia y la de los demás, que nunca la Santa Sede ha sido poderosa y próspera más que cuando los franceses han sido sus aliados.» Incomodado ya Carlos Quinto con estos dichos (1645), se descontentó aun más cuando el papa concedió Parma y Plasencia á Pedro Luis con el título de duque. Estas ciudades habían pertenecido al ducado de Milan hasta el momento en que Leon X se las había hecho ceder; así era que Carlos las veía con despecho en otras manos. Ferran Gonzaga, gobernador del Milanesado, atizaba también su descontento por odio particular que tenia al papa; el cual, á su vez, para perjudicar á Carlos, favoreció la conjuración de Fiesco; y cuando supo que se había frustrado, dijo que estaba claro que «Dios tenia decidido que aquel emperador prevaleciese para arruinar á la Iglesia y la cristiandad toda» (SEGNI). Los austriacos, pues, ayudaron, si es que no excitaron, una conjuración urdida por individuos de las familias Anguisola, Landi, Confalonieri y Palavicini. Estos, habiendo atacado á Pedro Luis, libertaron á la tierra de un monstruo. Lanzó Placencia el grito de libertad; pero aquel mismo día fué ocupada por Ferran Gonzaga: Octavio Farnesio, hijo de Pedro Luis, no obstante ser yerno de Carlos Quinto, se sostuvo en Parma, aun después de la muerte del papa; y aquel pequeño país estuvo (como en tiempos

más recientes) á pique de poner en combustion la Europa.

Cuarta guerra.—Con la intencion Enrique II de causar disgusto á Carlos Quinto, tomó al joven Farnesio bajo su proteccion, é hizo pasar á las órdenes del mariscal de Brissac tropas al Piamonte, que era el primero que tenia que sufrir cada vez que bajaban á Italia. Ferran Gonzaga, que con su orgullosa conducta y sus manejos insidiosos habia comunicado incremento á aquella guerra, se vió obligado, á pesar de los socorros del nuevo papa Julio III (34) á levantar el sitio de Parma, para ir á asolar el Piamonte, donde los soldados de Francia parecian ángeles, comparados con aquellos españoles y alemanes, cuya feroz brutalidad igualaba á la indisciplina. Entonces se despertó el partido francés en Italia, formado de los descontentos de todos los paises, que, reunidos en Chioggia, emplearon todos los medios de hacer daño á los imperiales, no titubeando ni aun en llamar á los turcos para lanzarlos sobre el territorio de Nápoles. Pasaremos en silencio las traiciones, puñaladas, envenenamientos y corrupciones, que más que nunca se pusieron por obra en aquella época: nos limitaremos á decir que Carlos Quinto envió para hacer frente al peligro al duque de Alba con fuerzas considerables, que fueron conducidas por el genovés Doria, con el dinero de la América, para la ruina de la Italia, y que el milanés Medeghino unió sus soldados á aquel ejército de extranjeros.

(34) SEGNI, hablando en el lib. XIII de Julio III (Juan María de Monte), dice: «Buena cosa es ser papa; pues además de ocupar la mayor categoría que puede haber entre los príncipes cristianos, los cuales se postran todos ante él, sucede que los hijos, los sobrinos, los parientes, aunque lejanos, se convierten al momento en señores, si bien antes ignoraban su estirpe. Respecto de este papa, más que de ninguno, se prueba la verdad de mi aserto; visto que, habiendo nacido en una pobre aldea, y no siendo de las personas principales de aquel punto, en cuanto fué papa, hizo á sus parientes señores de la patria. Dió un capelo á un dependiente suyo, de humilde extraccion, dotándole con pingües beneficios. Hizo dar á su sobrino Juan Bautista la ciudad de Novara, y él se concedió el generalato de la Santa Iglesia, y á su hermano Balduino el gobierno perpetuo de Camerino, y mayor grandeza en Roma que si hubiese sido duque ó señor de antigua alcurnia en alguna parte de Italia. Ni bastó con esto, pues extendió sus dádivas á los sobrinos, hijos de sus hermanos. A Ascanio de la Cornia, natural de Perugia, y á Vicente de los Nobili, de Montepulciano, dió Estados y títulos de señores, y á sus hermanos é hijos agració con cardenalatos; y después les confirió títulos de capitanes generales, y los igualó con los verdaderos señores. Entre otras cosas que llamaban la atención, era una de las principales Ersilia, mujer de Juan Bautista Monti, cuyo fausto y magnificencia en Roma llegaba al punto de que la duquesa de Parma, hija del emperador, antes que hubiese ido á Parma, obtenia apenas que la oyese cuando se dirigia en coche á saludarla ó tributarle sus obsequios.

En aquellas circunstancias ascendió al pontificado Paulo IV, de la familia de Carraffa (1555). Cuando se preguntó al nuevo papa, que hasta entonces se habia manifestado sencillo y de austera piedad, cómo queria ser tratado: *Como gran príncipe*, contestó. Así fué que en su coronacion hubo gran esplendor, y desde entonces se mostró suntuoso en todo, y más temporal de lo que conveuia á su dignidad. Decia que Carlos Quinto queria matarle con una fiebre moral, pero que por su parte le daría que hacer y libertaria á la pobre Italia. La comparaba á un instrumento cuyas cuatro cuerdas eran Nápoles, Milan, Venecia y el Estado de la Iglesia: *¡Desgraciadas, decia, las almas de Alfonso de Aragon y de Ludovico el Moro, que fueron los primeros en echar á perder aquel noble instrumento de la Italia!* Navajero, á quien dirigia estas palabras, añade: «nunca hablaba de su majestad (Carlos Quinto), y de la nacion española sin tratarlos de herejes, cismáticos ó malditos de Dios, de raza de judios y moros, de hez del mundo, deplorando la miseria de la Italia, precisada á servir á una nacion tan abyecta y tan vil.»

Sospechaba á cada momento que el emperador queria atentar á sus dias. Por instigaciones de sus sobrinos que esperaban aprovecharse de las turbulencias, y de monseñor de la Casa, su secretario, que deseaba ver la emancipacion de la Toscana, su patria, despojó á los feudatarios romanos y concluyó una alianza con Enrique II, rey de Francia, siendo su proyecto de transferir á éste ó dejar para sí el reino de Nápoles y el Milanésado, declarando al pais libre del dominio de los españoles. Se pretende que el papa, á fin de llevar á cabo su plan, trató hasta con los turcos, para que infestasen los mares toscanos y napolitanos, y con el marqués de Brandeburgo, luterano, para que atacase al emperador de Alemania; creyendo lícito cualquier medio con tal de lograr su objeto (35).

(35) En el diario de las cartas de Bernardo Navajero al Senado Veneciano, dice aquel con fecha 21 de mayo de 1557, que Paulo IV al hablarle de la ida de Carlos VIII á Italia, añadió: *«Hinc omnis mali labes*, porque estos abrieron la puerta á los bárbaros, que nosotros quisiéramos cerrar, y no se nos da oido; creemos que nuestros pecados tienen la culpa de ello. Jamás nos arrepentiremos de haber hecho cuanto hemos podido, y quizá más. Dejaremos el baldon, en los futuros siglos, para los que no han querido ayudarnos; y que se diga que hubo un anciano de ochenta años, el cual, cuando se creia que debiera estar en un rincón, llorando sus males, se presentó lleno de valor y ansioso de la libertad de Italia, abandonándole en su empresa aquellos de quienes menos se esperaba. La penitencia corresponderá, pues, á mí, señores venecianos, y á los demás que no quieren conocer la ocasion de sacudir de sus hombros una carga que empezó á sentirse bajo el reinado de aquel rey, cuyas virtudes le hicieron tolerable; y que no lo es ya con esta gente, mezcla de flamencos y de españoles, en la cual *nihil regium, nihil christianum*, que se conserva asida, como la grama, á la parte donde se adhiere,

Sin embargo el magnánimo proyecto de librar la Italia de extranjeros hubiera podido realizarse entonces, si hubieran ayudado al papa los demás señores; pero la Saboya se obstinó en hacer la guerra á la Francia, contando al efecto con el apoyo del emperador; Venecia tenia celos del engrandecimiento del papa; Cosme de Médicis deseaba apoderarse de Siena; Octavio Farnesio no se sentia bastante irritado por el asesinato de su padre y el despojo de la mitad de sus Estados; los mismos sobrinos, en quienes el papa habia depositado su confianza, obraban á su antojo y de una manera despótica impeliéndolo así á designios inoportunos ó á recursos miserables. Se formó una liga santa (1556), cuyo jefe era Pedro Strozzi, el cual llevó á ella su irreconciliable encono.

En aquel momento se ofreció á las encantadas miradas de los protestantes de Alemania el nuevo espectáculo de un papa en guerra con el emperador y con el rey católico, y la perspectiva de un nuevo saqueo de Roma con el ejército de estos príncipes á las órdenes del duque de Alba, después de los horribles estragos que hizo en Segni, lo que no hubiera dejado de suceder si los franceses no hubieran acudido á tiempo.

Batalla de San Quintín.—Sin embargo, el duque de Guisa que los mandaba no fué secundado, y pronto se le llamó para enviarle apresuradamente con lo mejor de la nobleza francesa, hácia la parte de los Países Bajos, donde doce mil ingleses se habian reunido al ejército español mandados por el conde de Egmond y por Manuel Filiberto de Saboya, gobernador de aquellas provincias. Dióse entonces bajo los muros de San Quintín una memorable batalla, en la que los franceses fueron completamente derrotados y sumergió á Paris en el espanto (1557). Al recibir Carlos Quinto, que habia abdicado en favor de su hijo Felipe II, para encerrarse en un monasterio, la noticia de aquel triunfo, preguntó: *¿Ha proseguido mi hijo su victo-*

ria hasta las puertas de Paris? Cuando le dijeron que no, lanzó un suspiro y repuso: *A mi edad y con tal fortuna, no me hubiera detenido á medio camino.* Obstinose, por el contrario, Felipe II en el sitio de San Quintín, mientras que Enrique II se ocupaba en reunir nuevas fuerzas. En menos de tres semanas, el duque de Guisa, ayudado por inteligencias secretas, por el invierno, el descuido del enemigo y el valor de Strozzi, se apoderó de Calais (1558), y arrojó de este modo á los insulares que se sostenian en él hacia doscientos años. Estos acontecimientos habian influido de una manera enojosa sobre los asuntos de la Italia, y fué preciso que el papa abandonado á sí mismo, se resignase á entrar en tratos.

Paz de Chateau-Cambresis.—El duque de Alba, «que aun no habia experimentado la gran diferencia que existe entre hacer la guerra contra los demás príncipes y hacerla contra los papas, con quienes en último resultado no hay nada que ganar; y perder hasta sus gastos» (GIANNONE), insistia en que se continuasen las hostilidades; pero Felipe II concedió la paz al pontífice con buenas condiciones. Al mismo tiempo se negociaba una paz general, que se firmó en Chateau-Cambresis (1558).

Hemos querido llegar en el relato hasta este punto, porque aquella paz cerró las hostilidades entre el Austria y la Francia, y colocó los negocios de Italia en el estado en que debian permanecer mucho tiempo. Se convino entre las partes contratantes, que el rey católico se casaria con Isabel de Francia, renunciando de nuevo á la Borgoña, y el rey cristianísimo al Milanésado y al reino de Nápoles; además, como Felipe II no se inquietó por sus aliados, el Imperio perdió á Metz, Toul y Verdun, y la Inglaterra á Calais, que no le indemnizaban los quinientos mil escudos de oro que recibió (36). Devolvióse la Córcega á los genoveses, y Plasencia al duque Farnesio para separarle de la Francia, y recompensar los servicios prestados á los Países Bajos, por Alejandro Farnesio, uno de los más grandes capitanes de aquel siglo. Aunque los generales franceses reprobaban la cesion de un pais adquirido á precio de tanta sangre (37), el duque de Saboya, el héroe de San Quintín, recobró todo lo que habia perdido en la guerra, Bresse, Bugey, la Saboya y el Piamonte, excepto Chieri, Turin, Piñerol, Chivasso, Villanueva de Asti, que fueron retenidas por el rey hasta que se aclarasen los derechos de Luisa de Saboya, abuela de Enri-

que no, lanzó un suspiro y repuso: *A mi edad y con tal fortuna, no me hubiera detenido á medio camino.* Obstinose, por el contrario, Felipe II en el sitio de San Quintín, mientras que Enrique II se ocupaba en reunir nuevas fuerzas. En menos de tres semanas, el duque de Guisa, ayudado por inteligencias secretas, por el invierno, el descuido del enemigo y el valor de Strozzi, se apoderó de Calais (1558), y arrojó de este modo á los insulares que se sostenian en él hacia doscientos años. Estos acontecimientos habian influido de una manera enojosa sobre los asuntos de la Italia, y fué preciso que el papa abandonado á sí mismo, se resignase á entrar en tratos.

(36) Segni, que como de nacion mercantil, debia entender de esta materia, dice que Enrique para conseguir tal suma, contrajo una deuda, ó como espresaban entonces, abrió un monte, en el cual daba el interés del 16 por 100, pagando las utilidades cada cuatro meses, y el capital cuando se exigiera. *St. flor. lib. XII* hácia el fin.

(37) Véanse las *Memorias* de los Mariscales de Brissac y Montluc, las de Vieilleville, etc.

que II. Manuel Filiberto se casó con Margarita de Francia; y desde este momento, el ducado de Saboya adquirió con la categoría de potencia italiana, una influencia más ó menos grande sobre los asuntos de Europa.

Las agitaciones concluían en el resto de Italia y con ellas la libertad, cuya pérdida deploraron en silencio en lo sucesivo los italianos, sufriendo la insultante compasión de todos sus enemigos.

CAPÍTULO VIII

REINOS MUSULMANES.—SOLIMAN.

Guerreando el Austria contra la Francia, estuvieron á pique de entregar á los turcos la Alemania y la Italia (1). El fanatismo guerrero de aquel pueblo había rejuvenecido el espíritu árabe, y las tropas feudales no estaban en estado de resistir á aquellos disciplinados guerreros, á los genizaros, á los mamelucos y á la caballería persa. Felizmente para la cristiandad, los persas estaban entregados á las discordias políticas y religiosas, y odiaban mortalmente á los otomanos por rivalidad de sectas. Los mamelucos circasianos, á quienes san Luis había visto dueños de las orillas del Nilo, y que en tiempo de Bibars se habían extendido hasta la Siria, se encontraron después humillados por Tamerlan, rigiéndose durante dos siglos y medio con ayuda de un sistema que no se conocía, pero que constituía un despotismo militar; el imperio otomano no podía, pues, obtener socorros por aquella parte con las guerras que hacía incesantemente. De todos modos atacó el reino de Nápoles, y «amenazó enviar á Venecia á consumir su matrimonio al fondo del mar;» pero como trataba más bien de estender sus conquistas que de extirpar el cristianismo, se verificaron varios tratados y la política del divan marchó acorde con la de nuestros gabinetes.

(1) Francisco Vettori escribía á Maquiavelo en junio de 1513: «Querido compadre, nos estamos chanceando entre los cristianos, y no hacemos caso del turco, que bien podría, mientras que estos príncipes negocian sus tratados, hacer alguna cosa de las que pocas personas se preocupan. Es necesario que sea un hombre de guerra y un capitán por excelencia. Se vé que se ha propuesto por objeto el reinar; la fortuna le es favorable, tiene soldados dispuestos, mucho dinero, un país muy estenso, ningún obstáculo se lo impide y se ha aliado al tártaro. No me admiraría de que antes de que pasara un año, hubiese dado un varapalo á nuestra Italia, y derrotado todos estos clérigos; no quiero decir por ahora más sobre este asunto.»

En los veinte y ocho años que se siguieron á la toma de la *Madre del universo*, como los turcos llaman á Constantinopla, avasalló Mahomet II en Europa la Acaya, la Morea, el Epiro, la Acarnania, la Servia, la Valaquia, Bosnia y Negroponto; en Asia Kastermuni, último Estado seljúcida, el imperio de Trebisonda, las posesiones que les quedaban á los genoveses en el Asia Menor y en el mar Negro, conquistas que se aseguraron á la Puerta después de la toma de Kilia y Akerman en Moldavia, por Bayaceto. Era un deber el conservarlas; por esto es por lo que el gran visir Ibrahim decía al húngaro Laszki: «Nuestra ley quiere que todo lugar donde ha descansado la cabeza de nuestro amo, donde solamente haya entrado su caballo, pertenezca enteramente á su dominio. No es la corona lo que da el reino; no es el oro ni la pedrería, es el hierro, el hierro asegura la obediencia; lo que la espada adquiere, la espada debe saberlo conservar.»

Iglesia griega.—No sólo quiso Mahomet hacer conquistas, sino también organizar el imperio otomano: según los términos de la capitulación, respetó á la Iglesia griega (2), es decir, á sus patriarca, metropolitanos, arzobispos, obispos, sacerdotes y clérigos, dejándoles el derecho de elegir y ordenar sus miembros; pero los dignatarios tenían que obtener á un alto precio el *berat* del gran señor, cartas patentes en las que estaban enumerados los derechos y obligaciones del que la impetraba, y los emolumentos que podía exigir de los griegos. El sultan daba la investidura al

(2) Esto lo afirma positivamente Franza, lib. III, 11. Κελεύσας ἵνα πάντες ὅσοι ἐκ τῆς πόλεως ἐφυγον, δεῖ τὸν φόβον τοῦ πολέμου, ἕκαστος αὐτῶν ἐπιτρέψῃ εἰς τὸν οἶκον αὐτοῦ, ὡς καὶ πρότερον ἦν ὁμοίως προστάξας ἵνα ποιῶσι καὶ πατριάρχῃ, ὡς σύνθησα ἦν κατὰ τὴν τάξιν αὐτῶν ἦν γὰρ παραποθανόντων ὁ πατριάρχης.